



LA NOCHE BUENA.

CAPÍTULO PRIMERO.

MIRA, Lupe, ése es mi novio.
—Cuál?

—Aquel jovencito de bigote negro.
Lupe le contempló con mirada escudriñadora.

—Qué te parece?

—Simpático.

—Pobrecito!

—Por qué?

—Figúrate que no tiene posadas.

—Y tú lo crees?

Ciudad de Nuevo León
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

—Cómo nó, Lupe de mi alma, si es tan bueno....

—De modo que van á pasar Vds. separados la Noche Buena.

—Tú dirás; por eso estoy tan contrariada.

—Pobre Otilia! pobres enamorados! Que gusto que yo.....

—Que tú qué?

—Que yo no tengo amores.

—Hipócrita! y el General?

—Chist, cállate.

—Ya lo ves?

—Bueno; pero esos no son amores. Que maliciosa eres! y todo por lo que te conté la otra noche.

—Yo sé mi cuento: y cuando te hablo del general.....

—Ah que tú tan mala!

—Una piñata, niñas, una piñata, gritó un lépero interponiéndose entre Lupe y Otilia.

—Nó, que piñata ni qué.... dijo Lupe de mal humor.

—¿Conque ya no me la toma ustedé, niña?

dijo el vendedor tocándose el sombrero; como su mercé me dijo que para la Noche Buena quería una novia....

—Yo?

—¡Ah que niña! pos si yo soy el mesmo de la otra tarde.

—Ah, sí, ya recuerdo....

—Conque, ¿no juímos á dejarla en cá el General?

Lupe se puso colorada.

—Anda, pícara, le dijo Otilia al oído.

—Cuánto vale?

—Pos ya sabe su mercé: catorce riales.

—Bueno.

—La llevo?.... la llevo allá en cá el general?..... ya sé.

Y el lépero, con una novia de papel de china en una mano, y un general en la otra desapareció.

—¿Y porqué ha de ser novia la piñata de la Noche Buena? preguntó Lupe.

—No puedo decírtelo.

—Eres muy mala: ya la otra noche hiciste la barbaridad de poner de piñata un

general: ¿qué irás á hacer tú con esa novia?

Lupe y Otilia comenzaron á hablar muy bajo, internándose en la callejuela que formaban las barracas improvisadas en la plaza de la Constitución; y el jovencito de bigote negro, siguiendo á cierta distancia el movimiento, lograba pocas veces cruzar sus miradas con Otilia, al través de aquel abigarrado conjunto de piñatas, faroles y Santos Peregrinos.



CAPÍTULO II.

EL hombre de las piñatas había llegado á la *cá del general*, como él la llamaba; pero nosotros, á fuer de historiadores, debemos tener alerta á los lectores nuestros en materias de traslación de dominio y de títulos colorados; porque en los tiempos que corren, no es remoto encontrar un general que no lo sea: y en cuanto á lo de *su casa*, se nos antoja que hay asunto para pasar el rato.

Lupe y Otilia llegaron á la casa, cuando ya alumbraba la luz eléctrica.

El de las piñatas entregó *la novia*, y recibió los catorce reales; pero mientras calentaba aquellas monedas en la mano, pen-

saba en que la *cá del general* le era propicia, y que no debía abandonarla. Ofreció, pues, sus servicios á las niñas; llevar ramas de cedro, y aún insistió en que se le comprara la otra piñata, que como hemos dicho, representaba un general.

El tal vendedor era un viejo harapiento, muy conocido en las inspecciones de policía, en Belen y en el Hospital de San Pablo. Los practicantes le habían visto los sesos y las entrañas, y contemplaban á Anselmo, pues tal era su nombre, con el interés científico que les había inspirado aquel borracho, salvado dos veces por milagro de una herida en el vientre y otra en la cabeza.

Lupe y Otilia fueron benignas con Anselmo, y con razón: estas niñas estaban muy contentas, eran muy felices y.... y ya iría sabiendo el curioso lector, cuantos motivos tenían para sentirse tan bien y tan capaces de generosidad y otras virtudes.

La cocina de aquella casa era espaciosa: la había hecho un joven ingeniero muy habil, y muy ilustrado, de manera que tenía

horno de ladrillo. Es cierto que en materia de brasero, la cocina aquella, como todas las de México, estaba á trescientos años de fecha: todavía el *aventador* se sobreponía á las verdades científicas de la pesantez del aire y de la producción del calórico; pero eso era porque el ingeniero había dirigido aquello al estilo del país, por encargo de una tía suya.

Había hasta cuatro criadas, de las cuales dos revelaban, por su facha miserable, su caracter de supernumerarias.

La austera vigilia, la abnegada penitencia y la mortificación de la carne, aparecían de bromita en aquella cocina. La virtud disfrazada y del brazo con la gula, celebraban, como en carnaval, el portentoso acontecimiento de la cristiandad. Lúculo y Helio-gábalo asistirían gustosos á la fiesta, entrando por la cocina. El bacalao y el róbalo volvían á tomar un baño frío al cabo de muchos meses: las criadas limpiaban romeritos, y condenaban á la nada á algunos millones de generaciones de moscos, hacien-

do una torta con sus huevos. De blancas rebanadas de jícama hacían figuritas que iban á teñirse con la materia colorante de la remolacha, en la ensalada de Noche Buena; ensalada clásica y tradicional que, en fuerza de mezclar frutas y legumbres heterogéneas, ha dado su nombre á piezas literarias y á cuerpos colegiados; pero que concentra la alegría de los comensales, y es la prosodia de esa cena de familia que lloran los muertos.

Lupe y Otilia recibían á dos cargadores que llevaban cajones con vinos y conservas alimenticias de parte de Quintín Gutiérrez: y cuando acabaron de recibir las latas de pescados y una batería de botellas, leyeron un papelito que decía: «De parte del general N.... para la casa núm. 2, calle de.... etc. Gutiérrez.

Y ya eran dos personas hasta ahora, las que ceñían la banda al señor de aquella casa; el hombre de las piñatas y Quintín Gutiérrez.



CAPÍTULO III.

HEMOS entrado á la casa aquella por la cocina; y nosotros somos afectos á dar razón de todas las cosas.

No á todas las casas se entra por la sala, ni la sala es la pieza principal en todas las casas. En la de que se trata, la sala era lo de menos, ordinariamente; pero la Noche Buena, la sala iba á ser la pieza principal; porque iba á haber baile, le había llegado su turno. De manera que era la pieza más nueva.

Siguiendo la buena máxima de dar razón de todo, y con la confianza de autores, pasamos de la cocina al comedor.

Anselmo, el de las piñatas, y un sargento del ejército, estaban colocando ramas de ciprés en las paredes, y heno en todas partes. Ya tenía aquello esa lobreguez de selva, que cuadra tanto en esa noche de fríos y

de vapores, de recuerdos y esperanzas, y sobre todo de ilusiones. Se respiraba una atmósfera húmeda, é impregnada de ese olor resinoso de las coníferas. Olía y sabía el aire á Noche Buena.

Había una pieza intermedia entre el comedor y la recámara, y que asumía todos los usos y conveniencias; allí se recibían visitas, se confeccionaban trajes, se guardaban comestibles, y se estaba de confianza; por allí transitaban el sargento y Anselmo: era una pieza abierta, en fin, y á manera de vestíbulo, á diferencia de la inmediata que era la recámara, y por donde no pasaban el sargento y otras gentes.

Los criados, que tienen una onomatopeya peculiar, le llamaban, no simplemente la recámara, puesto que era la única, sinó *la pieza de la ama*.

Aquí de nuestra facultad de escritores para penetrar de puntillas á aquella habitación, á la que muchas personas comunicaban cierto aire misterioso; pero todo sin motivo, al menos ostensible.

Había allí en primer lugar, la consabida cama de latón amarillo bajo un dosel de muselina, ostentando el espesor de sus mullidos colchones, cubiertos de raso azul, que hacía fondo á las filigranas tejidas que lo cubrían todo. Tenía ese raso y esa filigrana, algo de esa actitud cómica del rubor, que se tapa los ojos con la mano abriendo los dedos.

Lo azul de la recámara, que tenía algo de cielo, no hacía contraste, sin embargo, con el olor á magnolia que tenía mucho de terrenal.

Reinaba allí aire de silencio: se andaba quedo, porque la alfombra era muelle, y se hablaba quedo.... sin saber por qué. Se abrían quedo las vidrieras, no rechinaban como los zaguanes, se sentaba uno quedo; sobre resortes y sobre pluma.

Había un ancho guardaropa con tres espejos, y frente á uno de ellos estaba *la ama*, como la llamaban del sargento abajo.

Estaba consultando su talle, en ese elocuente monólogo de tocador, cuyos


secretos guarda mejor la mujer que el hombre.

A juzgar por la espalda y por los brazos, aquella mujer era joven, blanca y mórbida. Se tomaba con las puntas de los dedos las costuras laterales del talle para probar si aún era posible rebajar un cuarto de pulgada á su contorno inferior.

No importa averiguar si las mujeres aprenden dibujo en algún establecimiento, porque hay un maestro sin quincena que les corrige siempre con oportunidad todas sus líneas; no sabrán trazar en el papel, pero saben corregir ante el espejo.

Esta corrección fué larga, y la absorbía de tal manera que ni el ruido de toda la casa llamó su atención, de lo cual inferimos que su primer cuidado era la corrección en las líneas de su talle.

Cansados de esperar nos retiramos de aquel cuarto, deseando mejor oportunidad para presentar de frente á nuestros lectores á la ama de la casa.



CAPÍTULO IV.

MIENTRAS en la cocina preparaban la ensalada de Noche Buena, al rededor de la *Cá* del general se preparaba la ensalada de la concurrencia. Hay casas en que la concurrencia la constituye, no ese círculo íntimo de los parientes de la familia, que hace el encanto del hogar doméstico, sinó un conjunto heterogéneo de entidades que meten el buen día en casa y están muy contentos porque tienen adonde ir.

Desde el momento en que el General no era General, y la casa aquélla no era *su casa*, los convidados tenían que participar de ese carácter de ambigüedad que